



Objetivo: Identificar las características de la lírica romántica presentes en *Vuelta a la patria* de Juan Antonio Pérez Bonalde

LA LÍRICA ROMÁNTICA

Vuelta a la patria de Juan Antonio Pérez Bonalde

Y para comenzar...

- ¿Qué es la patria?
- ¿Qué es lo mejor de ser venezolano?
- En tu opinión, ¿el arte (la pintura, la literatura, la música, por ejemplo) debería ceñirse a reglas que rijan su elaboración o tan sólo debería regirse por la inspiración?

Para saber del tema...

El género poético resultó ser el terreno más fértil para el romanticismo y ello se debe a que la poesía traduce, de la forma más genuina posible, la voz del alma. Entre las características destacadas de la poesía romántica tenemos:

El carácter intimista y sentimental del texto poético: predominan, especialmente, la tristeza, la nostalgia, el dolor, la infelicidad y la melancolía.

El tono narrativo: el poeta expone sus sentimientos y cuenta cómo se siente.

La proyección de las emociones en la naturaleza: una montaña nevada, la luz de la Luna, un río caudaloso o el brillo del Sol representaban los diferentes estados anímicos del poeta.

La polimetría: la poesía se desligó de la métrica impuesta por los clásicos y, en aras de la libertad proclamada por el romanticismo, propuso la utilización de versos de distintas medidas.

El autor

Juan Antonio Pérez Bonalde (Caracas, 1846 – La Guaira, 1892) debió abandonar el país en dos oportunidades para escapar de sus conflictos armados. Al estallar la Guerra Federal en 1859, el joven Pérez Bonalde y su familia se radicaron en Puerto Rico; allí, su padre dirigió una institución educativa, oportunidad que aprovechó el muchacho para aprender inglés, alemán y francés, entre otras lenguas. De vuelta al país, la calma es sólo una utopía, pues nuevamente se ve perturbada con el despotismo ilustrado de Antonio Guzmán Blanco. Así pues y debido a su postura frente al dictador, el poeta salió de Venezuela, en 1870, rumbo a Nueva York.

El regreso de Pérez Bonalde a Venezuela, en 1876, se produjo bajo dos circunstancias: la presidencia de Francisco Linares Alcántara y la muerte de su madre Gregoria Bonalde; su estancia en el país fue breve. El dolor por la terrible pérdida y el regreso al poder de Antonio Guzmán Blanco lo obligaron a marcharse otra vez a Nueva

York, ciudad en la que se casó con Amanda Schoonmaker y tuvo a su única hija, Flor.

El matrimonio experimentó serias dificultades y éstas se agravaron con la muerte de la pequeña niña; la tristeza de Juan Antonio Pérez Bonalde se desbordó y ella lo empujó a refugiarse en el alcohol y en una vida superficial. En 1890, de regreso a Venezuela, sufrió los rigores de una salud resentida por los abusos cometidos. Muy debilitado enferma gravemente y muere en Macuto, rodeado de soledad y tristeza.

Sin duda, estas amargas experiencias personales hicieron del poeta un hombre cuyas palabras lograron expresar el espíritu romántico de la época; su obra aunque breve es hermosa y emotiva, destacan, particularmente:

Poema del Niágara (1882)

Flor (1883)

Vuelta a la patria (1887)



- En este poema, Juan Antonio Pérez Bonalde expresa, de forma poética, el significado de la patria y, más aún, la indescriptible y profunda alegría que le produce su reencuentro con ella. Lee con detenimiento cada palabra e intenta imaginar la situación del poeta. Finalizada la lectura, desarrolla los planteamientos que acompañan al texto leído.

Vuelta a la patria

*¡Tierra! grita en la proa el navegante
y confusa y distante,
una línea indecisa
entre brumas y ondas se divide;
poco a poco del seno
destacándose va del horizonte,
sobre el éter sereno,
la cumbre azul de un monte;
y así como el bajel se va acercando,
va extendiéndose el cerro
y unas formas extrañas va tomando;
formas que he visto cuando
soñaba con la dicha en mi destierro.*

*Ya la vista columbra
las riberas bordadas de palmares
y una brisa cargada con la esencia
de violetas silvestres y azahares,
en mi memoria alumbra
el recuerdo feliz de mi inocencia,
cuando pobre de años y pesares,
y rico de ilusiones y alegría,
bajo las palmas retozar solía
oyendo el arrullar de las palomas,
bebiendo luz y respirando aromas.*

*Hay algo en esos rayos brilladores
que juegan por la atmósfera azulada,
que me habla de ternuras y de amores
de una dicha pasada,
y el viento al suspirar entre las cuerdas,
parece que me dice: «¿no te acuerdas?».*

*Ese cielo, ese mar, esos cocales,
ese monte que dora
el sol de las regiones tropicales...*

*¡Luz, luz al fin! Los reconozco ahora:
son ellos, son los mismos de mi infancia,
y esas playas que al sol del mediodía
brillan a la distancia,
¡oh, inefable alegría,
son las riberas de la patria mía!*

*Ya muerde el fondo de la mar hirviente
del ancla el férreo diente;
ya se acercan los botes desplegando
al aire puro y blando
la enseña tricolor del pueblo mío.*

*¡A tierra, a tierra, o la emoción me ahoga,
o se adueña de mi alma el desvarío!
Llevado en alas de mi ardiente anhelo,
me lanzo presuroso al barquichuelo
que a las riberas del hogar me invita.*

*Todo es grata armonía; los suspiros
de la onda de zafir que el remo agita;
de las marinas aves
los caprichosos giros;
y las notas suaves,
y el timbre lisonjero,
y la magia que toma
hasta en labios del tosco marinero,
el dulce son de mi nativo idioma.*

*¡Volad, volad, veloces,
ondas, aves y voces!*

*Id a la tierra en donde el alma tengo,
y decidle que vengo
a reposar, cansado caminante,
del hogar a la sombra un solo instante.*

*Decidle que en mi anhelo, en mi delirio
por llegar a la orilla, el pecho siente
dulcísimo martirio;
decidle, en fin, que mientras estuve ausente,
ni un día, ni un instante hela olvidado,
y llevadle este beso que os confío,
tributo adelantado
que desde el fondo de mi ser le envío.*

¡Boga, boga, remero, así llegamos!

¡Oh, emoción hasta ahora no sentida!

*¡Ya piso el santo suelo en que probamos
el almíbar primero de la vida!*

*Tras ese monte azul cuya alta cumbre
lanza reto de orgullo
al zafir de los cielos,
está el pueblo gentil donde, al arrullo
del maternal amor, rasgué los velos
que me ocultaban la primera lumbre.*

*¡En marcha, en marcha, postillón, agita
el látigo inclemente!*

*Y a más andar, el carro diligente
por la orilla del mar se precipita.*

*No hay peña ni ensenada que en mi mente
no venga a despertar una memoria,
ni hay ola que en la arena humedecida
con escriba con espuma alguna historia
de los alegres tiempos de mi vida.*

*Todo me habla de sueño y cantares,
de paz, de amor y de tranquilos bienes,*

*y el aura fugitiva de los mares
que viene, leda, a acariciar mis sienas.
me susurra al oído
con misterioso acento: «Bienvenido».*

*Allá van los humildes pescadores
las redes a tender sobre la arena;
dichosos, que no sienten los dolores
ni la punzante pena
de los que lejos de la patria lloran;
infelices que ignoran
la insondable alegría
de los que tristes del hogar se fueron
y luego, ansiosos, al hogar volvieron.*

*Son los mismos que un día,
siendo niño, admiraba yo en la playa,
pensando, en mi inocencia,
que era la humana ciencia,
la ciencia de pescar con la atarraya.*

*Bien os recuerdo, humildes pescadores,
aunque no a mí vosotros, que en la ausencia
los años me han cambiado y los dolores.*

*Ya ocultándose va tras un recodo
que hace el camino, el mar, hasta que todo
al fin desaparece.*

*Ya no hay más que montañas y horizontes,
y el pecho se estremece
al respirar, cargado de recuerdos,
el aire puro de los patrios montes.*

*De los frescos y límpidos raudales
el murmullo apacible;
de mis canoras aves tropicales
el melodioso trino que resbala
por las ondas del éter invisible;
los perfumados hálitos que exhala
el cáliz áureo y blanco
de las humildes flores del barranco;
todo a soñar convida,*

y con suave empeño,
se apodera del alma enternecida
la indefinible vaguedad de un sueño.

Y rueda el coche, y detrás de él las horas
deslízanse ligeras
sin yo sentir, que el pensamiento mío
viaja por el país de las quimeras,
y sólo hallan mis ojos sin mirada
los incoloros senos del vacío...

De pronto, al descender de una hondonada,
«¡Caracas, allí está!», dice el auriga,
y súbito el espíritu despierta
ante la dicha cierta
de ver la tierra amiga.

¡Caracas allí está; sus techos rojos,
su blanca torre, sus azules lomas,
y sus bandas de tímidas palomas
hacen nublar de lágrimas mis ojos!

Caracas allí está; vedla tendida
a las faldas del Ávila empinado,

Odalisca rendida
a los pies del Sultán enamorado.

Hay fiesta en el espacio y la campaña,
fiesta de paz y amores:
acarician los vientos la montaña;
del bosque los alados trovadores
su dulce canturía
dejan oír en la alameda umbría;
los menudos insectos de las flores
a los dorados pistilos se abrazan;
besa el aura amorosa el manso Gualre,
y con los rayos de luz se enlazan
los impalpables átomos del aire.

¡Apura, apura, postillón, agita
el látigo inclemente!

¡Al hogar, al hogar, que ya palpita
por él mi corazón Mas no detente!

¡Oh infinita aflicción, oh desgraciado
de mí, que en mi soñar hube olvidado
que ya no tengo hogar...! Para, cochero;
tomemos cada cual nuestro destino;
tú, al lecho lisonjero
donde te aguarda la madre, el ser divino
que es de la vida centro de alegría,
y yo..., yo al cementerio
donde tengo la mía.

¡Oh, insoluble misterio
que trueca el gozo en lágrimas ardientes!

¿En dónde está, Señor, ésa tu santa
infinita bondad, que así consientes
junto a tanto placer, tristeza tanta?

Ya no hay fiesta en los aires; ya no alegra
la luz que el campo dora;
ya no hay sino la negra
pena cruel que el pecho me devora...
¡valor, firmeza, corazón no brotes
todo tu llanto ahora, no lo agotes,
que mucho, mucho que sufrir aún falta:
ya no lejos resalta
de la llanura sobre el verde manto
la ciudad de las tumbas y del llanto;
ya me acerco, ya piso
los callados umbrales de la muerte,
ya la modesta lápida diviso
del angélico ser que el alma llora;
ven, corazón, y vierte
tus lágrimas ahora!

II

Madre, aquí estoy: de mi destierro vengo
a darte con el alma el mudo abrazo
que no te pude dar en tu agonía;
a desahogar en tu glacial regazo
la pena aguda que en el pecho tengo
y a darte cuenta de la ausencia mía

Madre, aquí estoy; en alas del destino
me alejé de tu lado una mañana,
en pos de la fortuna
que para ti soñé desde la cuna;
mas, ¡oh, suerte inhumana!
hoy vuelvo, fatigado peregrino,
y sólo traigo que ofrecerte pueda,
esta flor amarilla del camino
y este resto de llanto que me queda.

Bien recuerdo aquel día,
que el tiempo en mi memoria no ha borrado;
era de marzo una mañana fría
y cerraba los cielos el nublado.

Tú en el lecho aún estabas,
triste y enferma y sumergida en duelo,
que, con alma de madre, contemplabas
el hondo desconsuelo
de verme separar de tu regazo.

Llegó la hora despiadada y fiera,
y con el pecho herido
por dolor hasta entonces no sentido,
fui a darte, madre, mis postrer abrazo
y a recibir tu bendición postrera.

¡Quién entonces pensara
que aquella voz angélica en mi oído
nunca más resonara!
Tú, dulce madre, tú, cuando infelice,
dijiste al estrecharme contra el pecho:

«Tengo un presentimiento que me dice
que no he de verte más bajo este techo».

Con un supremo esfuerzo desliguéme
de los amantes lazos
que me formaban en redor tus brazos,
y fuera me lancé como quien teme
morir de sentimiento.

¡Oh, terrible momento!

Yo fuerte me juzgaba,
mas, cuando fuera me encontré y aislado,
el vértigo sentí del pajarillo
que en jaula criado,
se ve de pronto en la extensión perdido
de las etéreas salas,
sin saber dónde encontrará otro nido
ni a dónde, torpes, dirigir sus alas.

Desató el sollozar el nudo estrecho
que ahogaba el corazón en su quebranto
y se deshizo en llanto
la tempestad que me agitaba el pecho.

Después, la nave me llevó a los mares,
y llegamos al fin, un triste día
a una tierra muy lejos de la mía,
donde en vez de perfumes y cantares,
en vez de cielo y verdes palmas,
hallé nieblas y ábregos, y un frío
que helaba los espacios y las almas.

Mucho, madre, sufrí con pecho fuerte,
mas suavizaba el sufrimiento impío,
la esperanza de verte
un tiempo no lejano al lado mío.

¡Ah del mortal ciego
confía su ventura a la esperanza...!

La ley universal cumplióse luego,
y vi en el alma, presta,
la mía disiparse,
cual mira en lontananza
torcer el rumbo en dirección opuesta
el náufrago al bajel que vio acercarse.

Bien recuerdo aquel día
que el tiempo en mi memoria no ha borrado;
era de marzo otra mañana fría,
y los cielos cerraba otro nublado.

Triste, enfermo y sin calma,
en ti pensaba yo, cuando me dieron
la noticia fatal que hirió mi alma.

Lo sentí, decirlo no sabría...

*Sólo sé que mis lágrimas corrieron
como corren ahora, madre mía.*

*Después, al mundo me lancé, agitado,
y atravesé océanos y torrentes,
y recorrí cien pueblos diferentes,
tenue vapor del huracán llevado,
alga sin rumbo que la mar flagela,
viento que pasa, pájaro que vuela.*

*Mucho, madre, he adquirido,
mucho experiencia y muchos desengaños,
y también he perdido
toda la fe de mis primeros años.*

*¡Feliz quien como tú ya en esta vida
no tiene que luchar contra la suerte
y puede reposar en la seguida
inalterable calma de la muerte;
sin ver ni padecer el mal eterno
que nos hiere doquier con saña cruda,
ni llevar en el pecho el frío interno
de la indomable duda!*

*¡Feliz quien como tú, con altiveza
recliné para siempre la cabeza
sobre los lauros del deber cumplido;
cual la reclina, por la muerte herido,
tras el combate rudo,
risueño, el gladiador sobre su escudo!*

*Esa, madre, es tu gloria
y alta recompensa de tu historia,
que el premio sólo del deber sagrado
que impone el cristianismo
está en el hecho mismo
de haberlo practicado.*

*Madre, voy a partir; mas parto en calma
Y sin decirte adiós, que eternamente
me habrás de acompañar en esta vida.*

*Tú has muerto para el mundo indiferente,
mas nunca morirás, madre del alma,
para el hijo infeliz que no te olvida.*

*Y fuera el paso nuevo,
y desde su alto y celestial palacio,
su brillo siempre nuevo
derrama el sol por el cerúleo espacio...*

*Ya lejos de los túmulos me encuentro,
ya me retiro, solitario y triste;
mas, ¡ay! ¿a dónde voy? ¡si no existe
de hogar y madre el venturoso centro!...*

*¡A dónde? ¡A la corriente de la vida,
a luchar con las ondas brazo a brazo
hasta caer en su mortal regazo
con el alma en paz y con la frente erguida!*

Vocabulario

Proa: parte delantera de una embarcación

Éter: esfera aparente que rodea a la Tierra

Bajel: barco

Columbra: distinguir

Retozar: jugar

Inefable: inexplicable

Férreo: duro, fuerte

Desvarío: delirio, despropósito

Zafir: lisonjero, adulador

Boga: rema

Postillón: guía, conductor

Ensenada: bahía, puerto

Atarraya: red para pescar

Cáliz: copa, recipiente

Canoras: cantoras

Áureo: parecido al oro o dorado

Auriga: conductor de carruaje tirado por caballos

Umbría: sombría

En pos: detrás

Postrer: último

Lontananza: distancia, lejanía

Saña: rabia, odio

Lauros: laurel

Cerúleo: azul

Túmulos: tumbas